

El Phiton á dos rayas.

El Phiton á dos rayas se encuentra en las costas de Malabar, de Coromandel, de Bengala, y tambien, según dicen, en Sumatra y aun en la China. Mora en los lugares hondos, sombríos é inundados por las aguas. En Java acomete á diversas especies de mamíferos, y especialmente á la especie pequeña de ciervos, llamada *montjac*.

Suele coger á su presa indiferentemente por cualquier parte; inmediatamente, pues, la rodea con sus roscas, y, adhiriéndose al suelo con la extremidad de su cola, contrae sus anillos para magullarla; en seguida procura cogerla por la extremidad del hocico. En cuanto lo consigue se vé entrar con lentitud la víctima en su garganta, que, por un mecanismo particular, se ensancha en proporción de la magnitud del cuerpo á que deba dar paso: por medio de semejante operacion, que algunas veces dura una hora, el animal entero, y hasta sus cuernos si los tiene, desaparecen en aquella sima. Poco despues cae el Phiton en un estado letárgico, que dura casi todo el tiempo de la digestion.

Esta clase de serpientes, para coger desprevenida á su presa, suele enroscarse en espiral entre las yervas mas altas ó en los arroyos, con la cabeza en medio, elevándola de tiempo en tiempo para ver si llega su presa, desenvolviéndose y lanzándose á ella en cuanto la vé á conveniente distancia. Muchas veces tambien, cuando colocadas en esta postura la aperciben al otro lado del agua, se sumergen en ella, y nadan con ligereza tal, que ni aun rizan la superficie.

Segun las observaciones de los naturalistas, estas enormes serpientes, al contrario de los reptiles de nuestros países, y de gran número de otras especies, se colocan sobre sus huevos y los calientan, desenvolviendo durante este tiempo un calor notable; adscéndolos de la propia suerte y con idéntico instinto al de las aves.

Estas incubaciones no han sido reconocidas sino en algunas especies de reptiles, que habitan en las regiones mas cálidas del globo; en nuestro clima no se halla ejemplo alguno.

El Phiton no tiene al extremo de su hocico esa punta dura de que ha provisto la naturaleza á los pájaros para pi-

car su huevo. Empero, cuando se halla desenvuelta la cria, se hiende naturalmente el cascaron.

En cuanto salen de él los pequeñuelos suelen beber y bañarse muchas veces; no comen hasta despues de haber mudado de piel, lo cual tarda en verificarse de diez á catorce dias.

Los colores de las manchas de los pequeñuelos estan mas apagados que los de los adultos que son muy brillantes y parece que forman una especie de taracea de tintas muy vivas.

La mordedura de estas serpientes no es venenosa; son peligrosas únicamente por la estremada fuerza de su cuerpo.

La longitud de los Phitones suele ser de unas cinco varas próximamente, y el diámetro de su cuerpo unos once dedos.

### EL CORRAL DEL PRINCIPE EN 1620.

Reside en esta coronada villa un antiguo amigo mio, natural de Simancas, menos conocido de lo que á la literatura conviene y mas desgraciado de lo que yo quisiera y el merece. Su edad frisa con los 30 años; es de ingenio clarísimo y de conocimientos poco vulgares; pero tan dado al estudio y especialmente á la lectura de libros históricos, que el mucho meditar y el poco dormir le han arraistrado á la locura mas original que imaginarse puede. Sucédele frecuentemente que pasa ocho ó diez horas sobre uno de los muchos manuscritos que, como único patrimonio, ha traído del pueblo de su naturaleza; y con tanta atencion le examina y analiza y escudriña, que, exaltada su imaginacion, se le antoja ver y escuchar todo lo que ver y escuchar podría si en aquellos tiempos viviese; pero con tal exactitud y verdad en los detalles, que el mismo Alejandro Dumas se alegraría de oírle.

En este estado, pues, de exaltacion debia de hallarse ayer cuando vino á llamar á la puerta de mi aposento el bueno de don Anacleto, que con este nombre ha bautizado á mi erudito amigo, el archivero de Simancas, tio y padrino.

no soy. Saludémonos cortésmente; dímonos las manos con demostraciones de entrañable afecto, y después de hacerle sentar á mi lado entablamos el siguiente diálogo, tan entretenido como si le hubiera dictado el mismo Cagliostro, y tan curioso y original, que pienso que ha de servir de soledad y contentamiento al que con provecho lo leyere.

—No me esperabas, ¿no es verdad? He salido del corral del Príncipe á tiempo en que llorizaba muy bonitamente, y como mi ferreruero y mi jubón están un tanto raídos, he resuelto entrar en tu casa y esperar aquí á que el cielo se despeje.

—Tate, tate, dije yo para mis adentros, ferreruero llama á la esclavina y corral al teatro. ¡Medrados estamos! Y deseando adivinar el siglo en que mi discreto manifiesto se habla colocado, le dije: conque vienes del corral....

—Exactamente, me interrumpió, del corral de Isabel de Pacheco porque el de Burguillos y el de la calle del Sol están cerrados, y en el de la Cruz no he podido hallar un solo asiento: todo estaba vendido, tablados, corredores, aposentos y ventanas. Cosa, por Dios, bien extraña, pues la gente ha ido perdiendo el gusto á las comedias desde que Felipe II mandó que en las representaciones estuviesen separados los hombres de las mugeres, y sobre todo desde que prohibió los bailes lascivos y trancescos.

Yo soy tan lerdo y tan zote en punto á historia, que ni aun con estas explicaciones acerté á comprender la época en que mi amigo se ballaba; y para salir de una vez de dudas, exclamé á media voz.—Felipe II tiene malos consejeros.

—Tenia, querrás decir; porque hace algunos años que descansa en el monumento levantado por él mismo para conservar sus cenizas y la memoria de la batalla de San Quintín: aunque yo tengo para mí que reyes como ese no han menester consejeros.

Acobáramos, murmuré yo sin que Anacleto pudiese oírme: ya sé que estamos en el siglo XVII.

Y como si hablara consigo mismo, prosiguió con gravedad y pausa de la manera siguiente.—¡Los tiempos van en decadencia! Felipe II dió un golpe mortal al arte inaugurado en Castilla hace siglo y medio por el marqués de Villena y sucesivamente perfeccionado por el poeta Juan de la Encina, por el atrevido don Rodrigo Cota, por el sacerdote Bartolomé de Torres Navarro, por el famoso Lope de Rueda y por el secretario Cristóbal de Castillejo. Fr. Alonso Mendoza declaró en 1586 que las comedias no eran pecado mortal; y sin embargo doce años después despachó provisión Felipe II prohibiéndolas en todo el reino, y casi al mismo tiempo dispuso que en las iglesias y conventos no se representasen sino cosas ordenadas á devoción. ¡Oh! los chinos están mas adelantados que nosotros: ellos tienen hoy comedias que duran doce dias con sus noches correspondientes.

—Algo exageras, me atreví á replicarle: los españoles tenemos hoy la misma influencia en los teatros de Europa que en los negocios públicos; y nuestro gusto domina á la par de nuestra política.

Anacleto, que estaba harto ensimismado para oír lo que yo decía, continuó con la misma pausa.—Ya desaparecieron los pasos honrosos, los torneos, los estafemos y los juegos de naipes y de la sortija. Es fuerza contentarnos con cuatro títeres italianos, y cuando mas con las desaliñadas comedias de Lope de Vega ó con las de su ingenioso discípulo Fr. Gabriel Tellez, que son precisamente las que ahora está representando la cuadrilla del famoso actor Cristóbal Santiago Ortiz.

—¿En tan poco estimas, repuse yo, las obras de esos dos poetas admirables?

—Admirables ¿pse! Lope de Vega escribiría mejor si escribiese menos. Hay pureza y suavidad en su lenguaje, no carece de invención, tiene viveza en el diálogo y describe con gracia inoltable; pero ha dado á la estampa novecientas comedias, y doce libros en prosa y verso ademas de otros varios papeles sueltos: y el que mucho abarca poco aprieta. En Tirso hay mas artificio dramático y planes mejor delineados; pero sus damas son harto livianas, las situaciones están todas caídas en un mismo molde, y en general, las costumbres que pinta no son las de este siglo. Entre sus dramas históricos solamente hay uno que merece leerse: *la prudencia en la mujer*, y los de intriga como *la villana de Valdeca*, á cuya representación he asistido esta tarde, están plagados de defectos. Suponte que la primera

escena pasa en Valencia, la cuarta en Arganda, la novena en Valdeca y el segundo acto en Madrid.

—En esa clase de licencias otras se han escedido mas que Tirso de Molina. Ahí tienes si no *el rufian dichoso* de Cervantes, cuya acción empieza en Sevilla y concluye en Méjico, y en la cual figuran un inquisidor, un padre de mancha, un Angel, tres demonios, cuatro frailes, el virey de Méjico, un pastelero y tres ánimas del purgatorio; y la *Numancia* del mismo autor, en la cual hablan la enfermedad y el rio Duero.

—Esa es una crítica embozada, replicó Anacleto con prontitud; y si no lee la segunda jornada del *rufian dichoso* que acabas de citar, y ballarás la siguiente redondilla:

Ya la comedia es un mapa  
donde no un dedo distante  
verás á Londres y Roma,  
á Valladolid y Gante.

—Hablemos, pues, de la *villana de Valdeca* y del corral del Príncipe porque no he visto aquella y hace mas de un año que no asisto á este ni á ningún otro.

—Con mucho gusto, prosiguió mi pobre loco, Salí yo de mi casa cuando encontré en la calle á un tal Calderon de la Barca, á quien conocí en Salamanca y de donde ha venido hace cosa de un año: jóven de muchas esperanzas y de tanto provecho, que su nombre ha de pasar á la mas remota posteridad. Llegamos á la puerta del corral y, por seguir la moda, tomamos nuestro vaso de agua con algunas gotas de aloja y confitura, aumentando así la ganancia del que tiene arrendado ese ramo. Pagó cada uno su real de entrada y fuimos en derecha al patio, porque yo prefiero sentarme entre esa buena gente, á que llaman *masqueteros*, á los corredores y ventanas donde se espone uno á las miradas de todo el mundo. Es verdad que allí se está á la intemperie, pues el toldo de anejo que cubre el patio no guarece sino del sol; y á fe que bien podían sustituirle con un tejado como el del corral. No bajaba de 800 el número de los espectadores, entre los cuales había clérigos, frailes y nobles que ocultaban debajo de la capa su espada y su daga inseparables; y por Dios, que si todas las tardes hubiese igual concurrencia, no le sería difícil al empresario pagar los seis reales que se le exigen por cada representación, ni á las cofradías sacar mas de 300 para los hospitales. En aquella ventana, con rejá de una vara en cuadro, que cae sobre la primer grada he visto á tu vecindad Rodrigo Herrera de Rivera con sus insignias de la orden de Santiago; y en los corredores, alanciano coronista Miguel de Herrera, al escéntrico Mateo de Rivas Olalla que ha escrito la *defensa de las barbas de los sacerdotes*, á Pablo Verdugo autor de la *ovida de Santa Teresa*, en quintillas, y á Pedro Gutiérrez de Palmanos conocido por haber descrito poéticamente la batalla entre los titanes y los dioses. Allí han venido á saludarnos, entre otros muchos, los historiadores Felipe de la Gándara, Prudencio de Sandoval y Rodrigo de la Pinaela. Redó la conversacion naturalmente sobre la cuadrilla del famoso Ortiz, sobre las comedias que van á representarse en la sacristia de San Felipe el Real, y sobre esa plaga de representantes que hoy se conocen, segun sus categorías por las gitanescas denominaciones de *buluis*, *Naque*, *Ganjarilla*, *Cambales*, *Garnacha*, *Bojiganga*, *Farandula* y *Compañía*. Habláse de los muchos fulleros y truanes, así legos como eclesiásticos, que abrazan la profesion cómica, sin licencia al título particular, para burlar la persecucion de la justicia; y censuróse, en fin, cuanto atañe al histrionismo, que viene á ser el asilo de todos los gandules y delincuentes de la península, y el anzuelo en que prenden las elquezas de muchos nobles.

Después de habernos esperar largo tiempo, alzóse al fin la cortina y cuando yo me prometía no perder una sola sílaba de los actores que fuesen saliendo á la escena, vino á distraerme la siguiente plática sostenida entre dos hidalgos que cerca de mí se ballaban.—No le agrada á vuesa merced la comedia.—¿Por qué lo decís?—¿Porque está en castellano.—¿Pues podía estar en hebreo!—Hay mas idiomas que el hebreo: pudiera estar en italiano como las famosas de Ganasa que gustaban á todos.—A todos los tontos.—Y á Felipe II que no era tanto: dígame si no aquel drama religioso que hizo representar en su palacio á la bestia del zapato. ¡Oh! no hay comedia como la *Serapha*; está escrita en cuatro lenguas, lemosina, latina, italiana y castellana.—¿Nos sabrán esas cuatro lenguas?—No, ningun-

na, pero tampoco saldréis vos bailar en la maroma y sin embargo os gustará ver á los volatinés. Este poderoso argumento suspendió por algunos minutos la conversacion, al cabo de los cuales volvieron á anudarla con tanta bulla y estrepito que el primer acto se concluyó sin que pudiéramos entender una palabra ni Calderon ni yo.

—En el segundo acto, dije yo, te habrán dejado oír á los cómicos.

—No ha sido así, me contestó Anacleto; antes por el contrario se armó una gresca tal en el patio, que á no haber mediado Calderon y yo, hubiera bastado para dar al traste con la comedia y quizá tambien para dejar mal parado á alguno de los actores. Sucedió, pues, que un zapatero llamado Sanchez, hombre de tanta influencia entre el populacho que todos los poetas le respetan, dispuso los ánimos para una Silva, á consecuencia, segun pude comprender, del desprecio con que le considera Fr. Gabriel Tellez. Habíase repartido pepinos entre los alborotadores, y cada cual aprestaba, bien una llave ó bien otro instrumento cualquiera para hacer ruido, cuando yo que me apercibí del proyectado pude impedir que se llevara á cabo; pero en estas cosas se pasó el segundo acto y la comedia toda, sin que pueda asegurar que sea de Tirso de Molina. Bien saber que este poeta suele dar su nombre ó su pseudónimo á muchas obras de escritores oscuros y desconocidos.

—Yo lo creo, cómo que en la dedicatoria de la segunda parte de sus obras, cuya impresion ha costado la hermandad de mercaderes de libros, dice, si mal no me acuerdo lo siguiente: «Yo, virtuosa congregacion dedico, de estas doce comedias, cuatro que son mias, en mi nombre; y ven el de los dueños de las otras ocho (que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las abiecharon á mis puertas) las que restan.»

—Justamente, añadió Anacleto, iba yo á citarte ese párrafo que he leído hace pocos dias; y no te estrañe que un autor adopte como suyas producciones estrañas, si ese es un medio de hacer fortuna; porque en la época venturosa que alcanzamos son cosas muy compatibles el talento y la pobreza, y aquí en Castilla es antiguo proverbio que ave de pluma no mantiene á su dueño. Sin ir mas lejos, ahí tienes á Cervantes, ingenio á quien el mundo admira, que despues de haber sido proveedor de la armada de Sevilla y receptor de contribuciones, murió tan pobre y desvalido que ahiije el recordarlo; y á Cristobal Colon que en recompensa de haber descubierto un nuevo mundo se le conduxo á Europa cargado de cadenas y se le dejó morir en Valladolid á últimos del siglo XV tan olvidado de los españoles como si nada le debieran. En este pais si alguna proteccion alcanzan el ingenio y las letras, es mendigada y humillante. Al paso que nuestros reyes consumen inmensos tesoros en edificar capillas y monasterios, hoy estariamos sin un corral en la corte, si la hermandad de nuestra señora de la Soledad y la cofradia de la Pasion no hubiesen levantado por su cuenta los que tenemos.

Conociendo que mi erudito compañero estaba en disposicion de no callar en toda la noche, le saltó al encuentro con las primeras palabras que se me han venido á los labios y fueron las siguientes—de manera que se ha concluido la representacion sin que tú ni Calderon de la Barca os hayais aprovechado de ella?

—Oh! por el contrario, me respondió, nos ha servido de distraccion el fiatal. Como la chusma dispuesta á silvar no vió cumplido su gusto, deseaba desahogar de cualquier modo su bullicioso intento. Habíase anunciado que se bailaria el Turdion y la Pavana, bailes tan groves y tan serios que parecen inventados por un esmitaño. El público empezó por murmurar, despues athrowó, concluyendo al fin por pedir con descompuestas y descompasadas voces todos los bailes prohibidos. Unos decian: que se baile el Polvillo! Otros gritaban: ¡el Santarén! y en medio de aquella barahunda se oia al zapatero Sanchez, no queremos danzas que nos hagan llorar, queremos que se baile el pasa-calles, y la Gorrana, y la Papironda, y la Zarabanda! aquello parecia un infierno; hemos llegado á tener que el patio se hundiese ó que las ventanas se desplomasen sobre nosotros: hubo doncellas que se desmayaron, dueñas que ofrecieron una misa á Santa Tecla para que las sacase con bien de aquel aprieto, y algun alguacil escondió la vara temeroso de ser conocido y apaleado. En fin fué tal y tan general la zambra que se sucedió á los desos de los amotinados, dando principio al nunca bien ponderado baile de la Zarabanda.

Entonces era el ver aplaudir á los jóvenes, ruborizarse á las damas, cubrir la cara ó los viejas y agitarse en sus asientos á brincar de contentos á los mismos religiosos que mas han vituperado desde el púlpito la depravacion y licencia de las costumbres actuales: que así es el mundo! hoy reprobamos lo que hemos de hacer mañana, y ve la paja en el ojo ajeno quien no ve la viga en el suyo. De esta manera tan divertida como inesperada concluyó la funcion; y puedo asegurarte que no me pesa de no haber podido prestar atencion á la comedia, porque si habia de ser para contemplar, cómo hace pocos dias, á un emperador romano en jubon y calzas y escollado por una guardia de arcabuceros, vale mas haber estado entretenido con los actores del patio. Y al fin y al cabo las comedias del comendador Fr. Gabriel no me agradan en demasia; rara vez prescindí del gongorismo que en estos tiempos invade la literatura, y no es verdaderamente poético sino cuando se entrega á su genio, desechando lo metafísico del estilo culto. El escritor dramático debe copiar fielmente las costumbres; y la sociedad de Tirso en nada se parece á esta sociedad en que vivimos: sus criadas, dice indisculpable de todo galan, han de ser deslenguados y por fuerza han de tufear á su amo como á un camarada y decir bufonías; pero el público se paga tanto de estas inexactitudes que la naturalidad le disgustaria. Ultimamente, Tirso es sobradamente licencioso: nada se ha escrito mas inmoral que el primer acto del «Burlador de Sevilla y Convidado de piedra» y la conclusion de «el Vergonzoso en palacio.»

Aquí llegaba en su narracion el alucinado Anacleto, cuando oimos sonar nueve campanadas en el reloj de San Juan de Dios. Levantóse y alargóme la mano despidiéndose con palabras muy corteses. Ofrecióme mi compania; y como relusase, él se fué solo y yo me volví á mi butaca con mis pensamientos, que mucho ganaria si me dejasen tambien.

Despues de la estraña conversacion que acababa de tener me quedé por largo tiempo caviloso y pensativo. Presentáronse á mi memoria todos los grandes recuerdos históricos del siglo XVII, y la comparacion entre el reinado pacífico y tranquilo de Felipe III y la época de turbulencias y anarquia que atravesamos me desconsoló en extremo. Yo que he andado la mayor parte de mi vida de zeca en meca, y de zeca en colodra, al compás de los vaivenes políticos, preferiria haber nacido en aquellos buenos tiempos, de menos ilustracion acaso, pero, sin duda alguna, de mas calma y reposo. En el siglo XVII, cuando la comedia se estaba formando, cuando el aparato escénico estaba en mantillas y cuando el público vela los autos sacramentales desde un banco de ruble, y á la luz de algunas velas de sebo, entonces florecieron Lope, Tirso, Moroto, Rojas y Ruiz de Alarcón; y hoy que tanto hemos adelantado, ni siquiera alcanzamos á imitarles dignamente. Hoy nos adornamos con las mas ricas flores de la literatura estrangera, y no conseguimos detener al público que vá desertando de las lunetas. *Quantum mutatus ab illo!* El teatro está en el último periodo de su existencia. Los dramas de gran espectáculo, las comedias de magia, el romanticismo quebrantando las trabas aristotélicas, y esas zarzuelas, mezcla de baile, canto y recitado, no han sido sino paliativos para el teatro agonizante. Todas las épocas tienen sus diversiones y sus fiestas, propias y especiales de su cultura, de sus hábitos y de sus instituciones, y la época del teatro va pasando, así como han pasado la de los juegos olímpicos, la de los gladiadores y la de los torneos; subsistirá únicamente el tiempo que tarda en aparecer otro espectáculo que le reemplace, mas acorde con las costumbres y las necesidades actuales.

Pobre Anacleto! acaso muchos que se creen cuerdos debieran envidiar esa locura que le permite hacer completa abstraccion de la realidad presente y trasladarte á edades mas afortunadas! ¡Dichoso tú que puedes olvidar la inmoralidad que se ha infiltrado en las venas del cuerpo social, y creer en la amistad del hombre y en el amor de la mujer! ¡Infelices nosotros los que estamos condenados á atravesar este periodo de descomposicion, ufanos con el conocimiento de las miserias presentes! ¡Infelices nosotros los que llevamos sobre el corazon las palabras que escribió Dante en la puerta del infierno: los que, como el ciego de Smerina, tenemos que ir de ciudad en ciudad cantando nuestros pobres versos para obtener algun óbolo á cuenta de la gloria póstuma.



Parroquia de Santiago en Calahorra.

Destinado siempre El SEMENARIO á perpetuar y reproducir por medio de fieles dibujos hechos al frente de los originales que representan los monumentos de nuestra patria, consignándolos en sus páginas con la mayor exactitud posible, bien porque nos recuerden algun suceso histórico glorioso, ó bien porque sean un verdadero modelo de elegancia y gusto en sus formas arquitectónicas, hoy nos toca rendir este pequeño tributo á la parroquia de Santiago de Calahorra, cuya fachada principal presentamos á nuestros lectores.

Situada esta iglesia en el centro de una gran plaza, á la que vulgarmente llaman el *Raso*, y frente á las casas consistoriales, ostenta su sencilla y bonita fachada, que el viajero no deja de pararse gustoso á contemplar. Compónenla seis pilastras de orden dórico con su correspondiente arquitrave, friso y cornisa, sostenidas por sus basamentos con un fuerte zócalo, ocupando los intercolumnios en el piso bajo cinco arcos cerrados por otras tantas berjas de hierro, sirviendo de ingreso á la iglesia el que ocupa el centro; sobre este hay una capillita con la efigie del Santo, y sobre los de los costados cuatro pequeños balcones: encima de la cornisa corre un segundo cuerpo cortado por un gran triángulo, que contiene en su centro un reló cuyas saetas por lo general no se hallan muy en armonía con lo restante de la máquina aparte, pero haciendo parte del todo de la perspectiva se eleva magestuosa en el centro la torre: compónese de un torreón cuadrado, coronado por una balaustrada saliente cuyos ángulos están guarnecidos por otros tantos jarrones, y guarda el mismo orden que la masa que le sirve de sosten; en el centro se encuentra el sitio de las campanas que es de forma circular rematando con un lindo chapitel.

El interior de esta iglesia no encierra en sí ningun monumento digno de llamar la atención, ni ella lo es tampoco; se compone de tres naves bastante espaciosas formadas por sus correspondientes columnas y pilastras de orden tos-

cano, de grandes proporciones; el centro del crucero mayor lo ocupa el coro, y en el testero se encuentra el altar mayor que ninguna particularidad ofrece: el dibujo que encabeza este pequeño artículo es un traslado fiel de la fachada de la parroquia de Santiago, la cual corresponde precisamente á la parte occidental.

Nada por ahora podemos decir acerca de su fundación, pero bien se deja ver ser obra muy moderna respecto de dichos edificios que se encierran dentro del recinto de la patisa de Quintiliano cuya casa todavía se conserva: tanto de la ciudad, como de la antigua tradición de los Santos mártires, cuyas reliquias se conservan en la Catedral tendremos mas adelante tal vez ocasion de hablar.

J. A.

### Lo que es un baile.

No vamos á narrar los detalles de ninguna de las sumptuosas fiestas que son tan frecuentes durante la actual temporada, sino que queremos describirlas todas, considerándolas bajo un punto de vista filosófico; es decir, explicando lo que son para cada uno de los diversos tipos que á ellas concurren, que les dan color y vida, constituyen su accion, su objeto, y sus episodios.

De cuantos asisten á un baile, los menos van por el baile; los mas por una série infinita de encontrados intereses, de opuestas pasiones, de diferentes sentimientos. Pintémoslos, pues, á todos ligeros pero concienzudamente, y analicemos con exactitud los goces de los que corren á divertirse, y los sinsabores de los que van por otra cosa.

El primer sitio, el lugar preferente es debido sin dudá á la jóven—á la niña de quince años—que abandona sus juguetes y sus muñecos por otros muñecos un poco mas

grandes, que se llaman hombres. Y á fuerza de haber manejado los de carton se acostumbra fácilmente á manejar los de carne y hueso; y tanto como con aquellos se recreaba, se recrea muy pronto con estos.

Un baile es, pues, para ella el mayor de todos los placeres, ó mas exactamente, el conjunto de todos ellos. —Los ecos armoniosos de la orquesta; el baile con sus rápidos giros, las conversaciones, aquí frívolas, allí alegres, allí apasionadas, la enumeracion hiperbólica que oye de sus encantos, —de su menudo pie, de sus grandes ojos, de su talle flexible, de sus rosadas mejillas, de su nitida espalda—la embriaga, la seduce, la fascina; pasan para ella las horas fugitivas como los momentos; y al terminar la fiesta—á las cinco de la mañana—se admira de que haya durado tan poco.

Si el amor entra por algo, ó entra por mucho, en aquel éxtasis, si hay un objeto que aparece siempre como al través de un mágico prisma ante los ojos de la inocente jóven; si su corazón late, si su seno palpita, si alternativamente teme y goza, descansa y vence, entonces esa serie de emociones opuestas aumenta grandemente el placer mismo.

Todavía hay otros deleites para la niña en los saraos: la lucha con esta; el triunfo con aquella; la rivalidad con la otra... Feliz la que consigue mas con sus gracias infantiles que con ricos diamantes!; Feliz la que no ha menester costosas galas para parecer linda!; Feliz la que desdén los adornos, y con ese orgullo tan legítimo de la belleza, coloca una sencilla flor entre el oro ó el ébano de sus cabellos! Para ella son las lisonjas, los homenajes, el incienso; para ella son los honores casi regios que se tributan á la que es dos veces reina; reina de la hermosura y de la moda! Mientras, cuántas la envidian, cuántas la maldecen, cuántas la aborrecen!

Después de la jóven, debemos citar al pollo;—y adoptamos esta palabra adoptada ya generalmente para significar el adolescente de 16 á 20 años, que se lanza al mundo desde los colegios y las aulas, con toda la impetuosidad de la irreflexion, con todo el ardor de la juventud.—Para él, el supremo placer es el baile; baila por bailar, porque en ello goza, y para que unas admiren su ligereza y su gracia; para que otras le soliciten, le aplaudan y le escujan por parejo.—Preguntad á uno de esos niños si prefieren la reputacion de estudiosos ó la de buenos bailarines, y os responderán indudablemente que la segunda; preguntadles cuál es la primera cualidad de un hombre á sus ojos, y os dirán que la de bailar bien.—¡Felices ellos asimismo que con tan poco se contentan; felices ellos que llevan entre sus brazos el fuego y no se queman; que juegan con dardos, y no se hieren; que noven en la muger mas que una compañera de polka, de redowa, ó de wals!... Ahora buscan la muger por el baile; pero pronto buscarán el baile por la muger.

A los treinta y cinco años, cuando ya no se baila, y cuando aun no se juega, ofrecen otro interés los bailes.—¿A qué vá la muger que no tiene hijas, que no es hermosa, y que por consecuencia no tiene amantes?—¿A qué vá?—A lucir su traje de *glasé* de plata, ó de tisú de oro; á deslumbrar con sus magníficas joyas; á ostentar su lujo como otras ostentan su belleza; á que digan los periódicos al día siguiente:

—La duquesa de Q... era la señora mejor vestida, mas ricamente ataviada; en fin, la que lucía mayor número de brillantes.

¡Triste consuelo en verdad el de verse citada así, para aquella que no puede serlo de otro modo!

—¿Y la que no tiene suntuosos aderezos, soberbias galas, ni pesonones, ni intrigas, ni misterios, ¿á qué vá?

—Esa vá para que digan después sus antiguos amigos y apasionados:

—¡La baronesa de X... está graciosa todavía!

¡Todavía! Fatal palabra que debe desgarrar el corazón de la que la escuche; fatal palabra que dice mucho de lo pasado, poco de lo presente, y nada de lo porvenir!

Hay otra clase de personas para quienes un baile ofrece goces infinitos y emociones distintas; esas son las madres que tienen hijas bonitas, ó casaderas!

Con qué afán, con qué interés, con qué solicitud, analizan, observan y comentan los incidentes mas sencillos é insignificantes!—Si Carolina, ó Luisa, ó Sofia bailan mucho, nada comparable al orgullo maternal; si las elijen de

parejas hombres notables por su posicion, por su figura, ó por su talento, nada iguala tampoco al júbilo de la amorosa madre; por último, si las conquistas se repiten, ó si se verifica alguna de esas que bastan para que todos fijen en una jóven atentas y curiosas miradas, la satisfaccion de la pobre señora no conoce límites, y lleve que abanicarse muy de prisa para que la alegría no la produzca un síncope.

Sin embargo, á menudo hace tristes y dolorosos reflexiones: ¿qué diferencia entre la época remota en que ella brillaba en primera línea; en que recibía los propios homenajes que se tributan á su descendencia; en que solo ó si misma debía los cuidados y las atenciones que se le dispensan por consideracion á sus hijas!—También ella llevaba entonces puras flores en la cabeza; también entonces bailaba con inimitable gracia el *minuet*, la *demanda* y la *gabota*; también entonces tenia una corte numerosa de adoradores que se disputaban sus palabras, sus sonrisas, sus preferencias!—¡Ay! Ahora apenas si algun contemporáneo suyo habla con entusiasmo ó incrédulos ayentes de la hermosura de la marquesa de...; apenas si algun fisicomista anticuario esclama al observar sus arrugas y sus cabellos centecientos.

—Esta señora ha debido ser muy linda en sus mocedades!

Ciertas damas que no salen nunca de día á la calle sino cubierto el rostro con un tupido velo, ó protegidas por una elevada carretela, gustan mucho también de los bailes: la luz artificial encubre mejor que la diurna los estragos de ese tirano implacable llamado el tiempo; con ella no se ven las pecas, las manchas que destruyen el cutis; con ella no se conoce tampoco la accion destructora de los cosméticos, sea en la cabeza, sea en el rostro.—Además, los trajes de etiqueta permiten ostentar las últimas perfecciones que pierde una muger hermosa: el brazo fino y torneado; la espalda nitida y fresca; el seno torzente y alabastro; el pie elegante y pequeño.—Merced á tales cualidades todavía son posibles gloriosos triunfos, lisonjeras conquistas, y cuando no rendidos homenajes.

La que á los sesenta años, sin tener hijas, nietas, ni sobrinas á quienes acompañar, no falta á ninguna fiesta, es la primera que entra y la última que sale, vá á una de estas tres cosas:—á jugar, á conar, ó á murmurar;—como no sea que vaya á las tres cosas juntas.

Para los hombres los goces y los intereses son diversos.—Las notabilidades, los que pasan por tales, ó los que creen serlo, asisten por mera fórmula, y juzgando modestamente que á un sarao le faltaria mucho si le faltase su individualidad; otros por el contrario y para hacer mayor efecto, se resuelven á *brillar por su ausencia*.—Muchos van á lucir sus bandos, y sus placas de diamantes, á imitacion de aquellas damas que van á lucir sus aderezos; muchos por hablar de política y de bolsa; pocos por acompañar á su muger ó á sus hijas.

A los treinta años no ofrece un baile tantos atractivos al lion, al *fashionable*, como la ofrecía á los veinte; pero aun le presenta ancho campo donde procurar la satisfaccion de su amor propio y de su vanidad.—Allí puede hacer completo alarde de su elegancia, de su figura, y de su boato; allí puede ostentar su frac de Paris, sus botanaderas de pedrería, su peinado modelo, su *chico* en fin.—A esa edad ya no se baila por alicion, aunque se baila todavía por cálculo; á esa edad se desdénan fáciles amores, y se buscan victorias positivas; una heredera con dos millones de dote, ó una muger abandonada por su marido;—á esa edad se ama mal, y se disfruta bien; se siente poco, y se engaña mucho; el corazón se subordina á la cabeza; y la cabeza destruye las esperanzas, las ilusiones del corazón.

Cinco años después, el mismo hombre que no baila ya, deja á su consorte que baile aun; y mientras ella queda sola, espuesta á los seducciones, á los peligros, á los escollos de la sociedad, él juega tranquilamente *al escaró*.

Cuando uno no puede brillar por sí mismo, quiere brillar sin embargo por los suyos; y son bastantes los que, á semejanza de ciertos estrellas que no tienen luz propia, se contentan con el pálido reflejo que les comunica la aureola de los otros. Así, mas de un esposo se envanece de que su esposa deslumbró en los saraos con su talento y con su opulencia; mas de un padre se gloria y ufana con los triunfos de sus hijas; y mas de un hermano se estasia con la celebridad de su hermana.

Infinitos son los que van á un baile por costumbre, y se fastidian soberanamente; muchos van solo por jugar, y no

salen de la pieza de juego; no pocos van por la cena, y no salen en toda la noche del comedor.—Por último, los periodistas buscan allí materia para un artículo, que se termina inevitablemente con la frase sacramental de:

—«Esta fiesta ha hecho olvidar las anteriores, y dejará siempre recuerdos gratos en los que tuvieron la fortuna de asistir á ella.»

No obstante, los únicos que conservan recuerdos positivos son las modistas que fabricaron cien lindos trajes como las banderas después de mil batallas llenos de gloriosos girones;—los cocineros y reposteros, encargados del *buffet*; los músicos y los alquiladores de carruages; y en fin, la soltera que al cabo encontró lo que buscaba en balde hacia cuarenta años; un compañero que endulzase su triste soledad, y que la elevase á la categoría de señora casada!

RAMON DE NAVARRETE.



El mar Negro y antiguo curso del Jordán.

Si examinemos los mapas de la Siria y Arabia anteriores al viaje de Burckardt, se verá que la region que se para el mar Muerto del Rojo está cortada en el espacio de 30 leguas por cadenas de montañas trasversales que no permiten concebir ni aun como posible la comunicacion de ambos mares; pero los viajes de Seelzen en 1805, el de Burckardt en 812, y el de Bankes en 817 demostraron la existencia de un valle longitudinal llamado *Ghor y Ouadi-el-Araba* que se extiende de N. á S. por entre ambos mares y en la misma direccion que su prolongamiento. Burckardt no hizo mas que atravesarle entrando por la parte de Oriente llamada *Ouadi Sarandet*, y al trepar las alturas vió que corría por una parte hacia el N. N. E., y por otra al S. S. O., y habiendo sabido por los árabes que llegaba hasta ambos mares, creyó que fuese una prolongacion del valle del Jordán.

Este rasgo tan marcado de la constitucion física de este país, pareció á Burckardt, á quien han seguido todos los geógrafos que le ha seguido, que el Jordán salía otras veces del valle en que ahora se detienen sus aguas, y continuaba su curso hasta el mar Rojo en que desembocaba, de donde se infería que ó el mar Muerto no existía entonces, ó que solo era un pequeño lago como el de Tiberiade, que antes atraviesa el Jordán. Con efecto: esta opinion enunciada primeramente por Mr. Kart. Ritter, despues por Mr. W. M. Leake, en el prefacio del viaje de Burckardt á Siria y desmenuada por de Hoff en su sôbia obra de los trastornos ocurridos en la superficie de la tierra, presenta tales caracteres de probabilidad, y Mr. Laborde, observando la direccion del valle y su encajonamiento entre montañas de granito y pórfido, le ha dado un grado tal de ilustracion, que no es aventurado decir que sin duda en otro tiempo por él corría el Jordán.

Admitida esta hipótesis, podría explicarse naturalmente la causa que ha obligado al río á estacionarse en el valle que ahora ocupa el mar Muerto, con solo decir que una conmocion volcánica bajando el terreno formó un sucho y profundo receptáculo que antes no existía: ó si se quiere poner la existencia del mar, podría decirse; que la conmocion levantaria el terreno hacia la parte en que el río salía del valle, y elevándose un poco por cualquier accidente en la estreñidad S. del mar Muerto, quedó impedido el curso de las aguas, que se extendieron en consecuencia por todo el valle hasta formar una superficie capaz de perder por la evaporacion una cantidad de líquido, igual en su término medio á la que el río llevaba. Efecto tanto mas admisible, que segun las observaciones de antiguos y modernos, el suelo de este país es totalmente volcánico, y ha debido sufrir grandes trastornos por los temblores de tierra. Y si existían en la llanura ó á corta distancia en las pendientes de las montañas, algunas poblaciones, debieron desaparecer sumergidas en el mar, por el desmoronamiento del terreno en que estaban edificadas.

Tambien se ha creído poder señalar la época en que aconteció este fenómeno, y ligarla á un hecho histórico de la Biblia: con efecto, parece que confirma la narracion que se hace en el Génesis de la destruccion de las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboins y Segôr, consumidas por el fuego del cielo: pues este fuego podrá muy bien no ser mas que una erupcion volcánica. Mr. de Laborde cita en apoyo de esta aplicacion, que admiten todos los sábios arriba mencionados, el siguiente pasaje de la Escritura: Lot, levantando los ojos consideró toda la llanura del Jordán, que era regada como un jardín delicioso, antes que el Señor hubiese destruido á Sodoma y Gomorra... Entonces el Señor hizo caer del cielo una lluvia de fuego y azufre... y destruyó estas ciudades y toda la llanura... y Abraham.... volviendo los ojos hácia Sodoma y Gomorra y demas poblaciones de la llanura, vió elevarse de la tierra un humo semejante al de una grande hoguera etc.

Esta sencilla y concisa narracion, dice Laborde, da una idea tan suficiente de una erupcion volcánica, que no me es posible dudar de ella al tener sus efectos á la vista... Sin meternos en discutir las diferentes opiniones de los autores, que han asegurado unos que la naturaleza en su curso, y otros que Dios movido de indignacion encendió los depósitos de materias inflamables, es evidente que el volcan que destruyó á Sodoma, Gomorra y sus alrededores tuvo su origen en ellas, y que con su erupcion formaron un profundo seno, en que se precipitó el Jordán, cesando su curso al mar Rojo: este seno que despues tomó el nombre de *mar Muerto* ó *lago Asphaltico*, debió con efecto en sus principios exhalar un humo parecido al de una hoguera.

Posible es, sin duda, cuanto dice Mr. Laborde, pero no tan evidente como él lo supone: aun cuando se conceda que el fuego que bajó del cielo era un volcan, no por eso debe inferirse que de él haya nacido el mar Muerto. Dese de barato que la llanura pudo ser destruida por esta irrupcion, que las cenizas y reliquias de los pueblos reemplazaron con una esterilidad horrorosa la abundante fertilidad que en ella reinaba: ¿pero se infiere de aquí necesariamente que el Jordán variase su curso? No ciertamente, y el fenómeno referido por el autor del Génesis es muy compatible con la existencia del mar Muerto.

Pero hay otro testo que fijaria de un modo mas terminante la formacion del referido mar en la destruccion de estas ciudades, si tuviese un sentido indisputable. Tal es el que S. Gerónimo tradujo con estas palabras: *et omnes hi (reges) convenerunt in vallem silvestrem, que nunc est mare saltu*. Aquí se anuncia claramente el estado del país en la época que precedió á la catástrofe, comparado con el que tenia al tiempo de escribir: el suceso de que se trata debió preceder 13 ó 20 años á la ruina de las ciudades de Pentápolis, y como no se haga mencion de ningún otro milagro ó fenómeno que haya podido mudar su faz, resulta que no puede ser otro que el referido en el Génesis el que convirtió en un mar salado lo que antes era un frondoso valle: por consiguiente entonces fué cuando tuvo su principio el mar Muerto, y el Jordán varió su corriente.

Mas aun en este caso la segunda conclusion sería un poco precipitada. Ni el testo hebreo, ni los Setenta hacen mencion de este valle silvestre; el primero le nombra el valle de Siddim ó Saitin, nombre que parece y es propio: los

segundos tradujeron el valle Salado, Onléos el valle de los Campos; tampoco se encuentra en ninguno de ellos la expresión *nunc*: el hebreo dice sencillamente... que el mar de la sal... los Setenta... que es el mar de las sales... y aun cuando se conceda que el *nunc* está implícitamente contenido en la relación de Moisés, todavía no se deduciría que el mar Muerto se hubiese formado en esta época: lo más que podrá sacarse de los textos bíblicos será, que se ensanchó, que se hizo más profundo, y de ningún modo que el Jordan cambió su curso: así, pues, dejando á un lado la cuestión teológica y considerando solo la geográfica, debe decirse que hay razones para dudar que el Ouadi-el-Araba haya sido nunca el cauce del Jordan. Tan natural, tan generalmente adoptado está el sentir contrario, que este aserto parecerá una paradoja; pero en su favor militan muchos hechos, que aunque poco notados, tienen algún valor, y que nos suministra el mapa de Laborde.

Este, pues, registró el Ouadi-el-Araba hasta la distancia de cerca de 23 leguas al norte del mar Rojo, que es poco más de la mitad de este valle, y observó con cuidado las cañadas que forman todos los valles laterales, al menos por la parte oriental, pues el occidental está en blanco en el mapa, cosa ciertamente sensible, pues á estar delineada quizá adquirirían más consistencia las observaciones que van á hacerse: observando la dirección de estas cañadas laterales se advierte que hasta unas 15 leguas del mar, todas uniformemente terminan al S. O.; es decir, hacía el mar Rojo, pero desde aquí en adelante, todas se dirigen al N. O., esto es, hacia el mar Muerto. Esto conviene con la observación de Burckardt, que atravesó el desierto al E. del Ouadi-el-Araba, y notó igualmente todas las vertientes al N. del punto indicado, en la dirección N. O.

Cierto es que podría suceder que una vertiente descendiese al lecho principal en dirección algo opuesta á la de las aguas que por él fluyen; pero el hecho que notamos no parece que pueda explicarse sino en la hipótesis de que el Ouadi-el-Araba estuviese dividido en dos corrientes, cuyo punto de separación sea el en que la dirección cambia: el valle en su estension tendrá dos inclinaciones distintas y sus aguas correrán en dirección á ambos mares: es pues evidente que en este caso el mar Muerto no tendría el origen que quiere señalársele; el cambio de dirección de las vertientes laterales y sus dos corrientes no pueden ser efecto de una escrocesca montuosa casual; es preciso buscar su origen en la constitución misma del sistema de montañas, cuyas aguas corren hacia cada una de las estremidades del valle. Las que bajan á la parte norte principiaron á correr hacia el mar Muerto y le formaron tan luego como existieron las alturas de donde vienen, que sería en una época geológica que excede las fechas de todas las historias.

Tal es la consideración de geografía física que parece oponerse á la opinión común, que tampoco viene muy á su favor los textos de Escritura. Sensible es, por cierto, que tanto Laborde como Luizan no hayan registrado, como Burckardt aconsejó, todo el valle, para que nos hubiesen dado una descripción completa de los laterales, siquiera de la parte oriental, que nos hubiera puesto en estado de saber si efectivamente cambia desde un punto dado la vertiente del Ouadi-el-Araba, y si su declinación es hacia el mar Muerto. Investigación digna de ocupar á un viajero instruido; y que nos tendríamos por felices en que impidiera á emprender la duda que hemos suscitado: mientras llega esta solución diremos que parece que otras muchas circunstancias prueban la opinión que aventuramos sobre la antigüedad del mar Muerto: en su estremidad meridional, antes de llegar al arranque del Ouadi-el-Araba, hay vertientes de consideración que corren al N. O., como son la que duraman en el Ouadi; y un poco más al S. el gran torrente *Asha* sigue el mismo rumbo de una manera más pronunciada. Seelen los vió, y Laborde los marca en su carta: prueba de que el declive en la parte septentrional del Ouadi es hacia el N. Por último, según relación de Mr. *Callier*, que atravesó el desierto casi paralela, el estenso valle nombrado *Ouadi-Djaroñ* se dirige al N. O., y sus corrientes vanán todas á la parte meridional del mar Muerto.

De todas estas circunstancias geográficas se deduce que el vasto receptáculo del mar Muerto es el centro de una conca que recibe las aguas de todo el sistema de montañas que se extiende á distancia de 25 á 30 leguas más al sur: que su fecha data desde la constitución misma del país:

que es contemporáneo á las montañas que le rodean; y que es un imposible que traiga su origen de una erupción volcánica local, tal como la que se supone haber causado la destrucción de Pentápolis; y por consiguiente el curso del Jordan no se ha alterado.

#### Casamiento de un sacerdote en tiempo de Enrique IV rey de Francia.

Hoy es bastante común faltar á una palabra de casamiento, y por lo regular las quejas de las víctimas de la seducción, aunque la sirva de excusa una promesa formal, vienen á perderse algo dramáticamente en el recinto vulgar de un tribunal, sin que tengan mas resultado que dar á los curiosos una hora mas de diversion, é imponer al delincuente algunos francos de multa, y alguna que otra vez algunos meses de cárcel.

El código penal no protege realmente lo que debiera á la inocencia, la que encuentra una triste satisfacción en la indulgencia del proverbio, que dice, hablando de sus debilidades, que son mas dignas de compasion que de castigo.

No sucedía esto á nuestros padres, y el que despues de haber seducido por sus tiernas palabras y mentidas promesas á una pobre y frágil niña, tenía la vileza de abandonarla, se veía irremisiblemente condenado á ser ahorcado ó á que se le cortase la cabeza, cuando fuese noble, si no prefería reparar su culpa casándose con aquella á quien habia hecho partícipe de ella.

Los archivos del parlamento presentan un ejemplo memorable de la aplicación de esta jurisprudencia severa, y le reproducimos aquí con tanto más placer, cuanto que, gracias á la intervencion del buen Enrique IV, mediador muy competente en la materia, la cosa tuvo un desenlace mas feliz de lo que podía esperarse. Corría el año de 1594, Harmand de Quesnet, jóven noble de Sées, en Normandía, habia venido á Angers á estudiar el derecho en la universidad, y allí vió á la señorita Renea, hija de un honrado vecino de la ciudad. Esta jóven era hermosa, recatada y discreta, y al momento le inspiró una pasión violenta. Tuvo la habilidad de saberse introducir en casa de su padre, y no tardó en inspirarle á ella el mismo amor que le poseía, y el cual debía le duraría toda la vida. El padre de Renea no era rico, al paso que la noble familia de Harmand poseía muchos bienes: doble disparidad de fortuna y nacimiento que debía ser un obstáculo inseparable á su felicidad; Renea tenía demostrado talento para no conocerlo. No obstante, para acallar sus temores, para ahogar los escrúpulos de un corazón perdido de amor que no se defendía mucho y que quizás deseaba ser engañado, juró Harmand no tener otra esposa que ella. Hizo mas: estando en debida forma una promesa de casamiento, que puso en sus manos.

¿Podía ya entonces resistirse? Vivieron descuidados y felices con los trasportes de un amor correspondido, cuyas consecuencias no preveían; pero debían ser funestas, y diariamente amenazaban revelarlo todo. Desesperada Renea, anunció á su amante el estado crítico en que se encontraba, y confiada en la bondad de una madre que la idolatraba, corrió despues á arrojarle en sus brazos confesándole su debilidad.

La desgracia de aquella familia exigió una reparación pronta y ruidosa. Concertáronse los padres de Renea, y cediendo ésta á sus ruegos y á sus lágrimas, conmovida de su indulgencia y de su sentimiento, consintió en dar á su amante una cita en la que debía ser sorprendido.

Efectivamente, cuando el otro día estaba manifestando toda su ternura á Renea en su misma habitación, se le presentaron irritados el padre y la madre, amenazándole y reclamando en nombre de la hospitalidad hollada reparación ó venganza. Quedóse Harmand sorprendido y confuso. Declaró que, aunque culpable, no habia tenido mas que proyectos legítimos, y que se consideraría feliz casándose con aquella de quien solo habia triunfado mediante una promesa sagrada. Esto era lo que se quería de él: hallábase prevenido un escribano, y en el mismo instante se hizo el contrato que debia unir para siempre á los dos amantes. ¿Obraba el jóven de buena fé? ¿Cedió solo por temor á las exigencias de un padre irritado? demasiado lo

demuestra que así fué, su conducta posterior. Pocos días despues dejó repentinamente á Angers á escondidas de su amante, y se volvió á toda prisa con su familia, dándole cuenta del principio, resultados y desenlace de su amorosa aventura.

El conde de Quesnet era un hombre sensato y decidido, y no perdió el tiempo en inútiles amonestaciones. Despues á pintar á su hijo la infamia de una alianza tan desproporcionada, le indujo á refugiarse en el seno de la iglesia, donde el espíritu del cuerpo le serviría de apoyo para huir de los peligros á que le esponia su conducta, poniéndole á cubierto de la venganza de una familia ultrajada.

Ocho días despues ya había recibido Harmand las órdenes, y con haber sido investido del subdiaconato y del diaconato era ya imposible su casamiento.

La noticia llegó con prontitud á Angers. El padre de Renea entabla inmediatamente contra él la demanda de estupro, y se espide contra el amante un auto de prisión. Este por su parte apela de esta medida, y la causa se lleva ante la audiencia del parlamento de París. Mr. Villeray era entonces presidente: el asunto fué examinado con la atención mas escrupulosa; se tomaron declaraciones á muchos testigos; pero ¿qué podría hacerse contra la promesa, la declaración del escribano y la propia confesion del acusado? Preguntóse repetidas veces si quería tomar por esposa á Renea Corbeau segun tenia prometido; contestó siempre que se lo prohibia hacerlo la santidad de su estado; y el tribunal, despues de una deliberacion prolongada, por el interés que causaba su juventud, se vió obligado á condenarle á que se le cortase la cabeza si no se casaba con Renea.

Pronunciada la sentencia, y despues que le fué leída, se le hizo á Harmand, otra intimacion por última vez. «Me niego á casarme con ésta señorita, respondió; mi estado me lo prohibe. Una vez que no me queda otra alternativa, espero la muerte.»

Entregósele al verdugo, y se acercó el confesor que debia auxiliarle en sus últimos momentos entre el movimiento de terror y de sorpresa del auditorio al ver la firmeza con que acababa de pronunciar sus últimas palabras. Entonces se oyó un ruido repentino y se sintió una especie de agitacion tumultuosa en las últimas puertas de la sala de justicia. Era Renea Corbeau á quien habian alejado de aquella triste escena; pero que al saber la aciaga suerte de su amante forcejeaba por llegar hasta el recinto del tribunal. Abrióse el pueblo para darle paso, admirando cada cual á la vez su interesante belleza y su funesta desesperacion. Convulsiva y llorosa, se arrojó á los pies del tribunal, suplicando á los jueces en una oracion patética que no se llevase á efecto la terrible sentencia.

(La voluminosa coleccion de las piezas manuscritas del proceso contiene aquí una larga defensa atribuida á Renea Corbeau y en que se hallan compendiadamente desenvueltos en tres puntos los medios de suspension y de nulidad de la sentencia, segun el indigesto estilo de aquel tiempo, y sobrecargado de citas falsas). Insertaremos solo algunos líneas.

«¿Queréis vengar mi ultrage, exclamó, y me entregais de un golpe al oprobio y la muerte! Yo fui quien le amé primero; yo misma he sido el instrumento de mi deshonra! Si él ha tomado las sagradas órdenes, no ha sido mas que por obedecer al mandato de su padre, y vosotros habeis interpretado mal su oposicion á casarse conmigo. (Aquí Renea hace definitivamente una distincion que se reduce poco mas ó menos á lo siguiente.) La santidad de su estado se opone al matrimonio; pero una dispensa puede desatar sus juramentos. Tened piedad de mí; dentro de poco vendrá á París el legado del papa; suspended la muerte de Harmand hasta que aquel se niegue á lo que propongo!»

La hermosura de Renea, su llanto, aquella su profunda conviccion en medio de tanto dolor, movieron á lástima á los jueces, y se dejaron persuadir. El presidente Mr. de Villeray declaró en conformidad con sus colegas que se suspenderia la sentencia por el término de seis meses, en cuyo tiempo podria apelar el acusado donde hubiese lugar.

El legado vino en efecto á Francia un mes despues: era lo el cardenal de Medicis, que despues fué papa bajo el nombre de Leon XI, y murió despues de 30 días de pontificado. Presentósele el recurso de Harmand por los individuos mas distinguidos de la nobleza de Normandia; pero por mas instancias y súplicas que se le hicieron, concluyó tal indignacion al enterarse de los hechos y villanía del acusado,

que rehusó la dispensa, abandonando el acusado á su miserable suerte.

Ya no habia remedio! Renea entonces, no teniendo presentes mas que su amor y su desesperacion, corrió á echarse á los pies del rey. Reinaba entonces Enrique IV, con el cual tenia fácil acceso cualquier hermosa; le pidió la vida de su amante, pintándole su amor y sus desgracias. Dejóse mover el buen rey de un dolor tan punzante, y fué él mismo á solicitar las dispensas del legado. No podia menos de ser atendido semejante mediador, y pocos días despues se efectuó el casamiento de los dos amantes en el coro de la Santa Capilla á la vista del rey en persona, del legado de la corte, y de los jueces tres meses antes habian cumplido con tan terrible deber condenando á muerte á aquel cuya dicha y arrepentimiento entonces contemplaban.

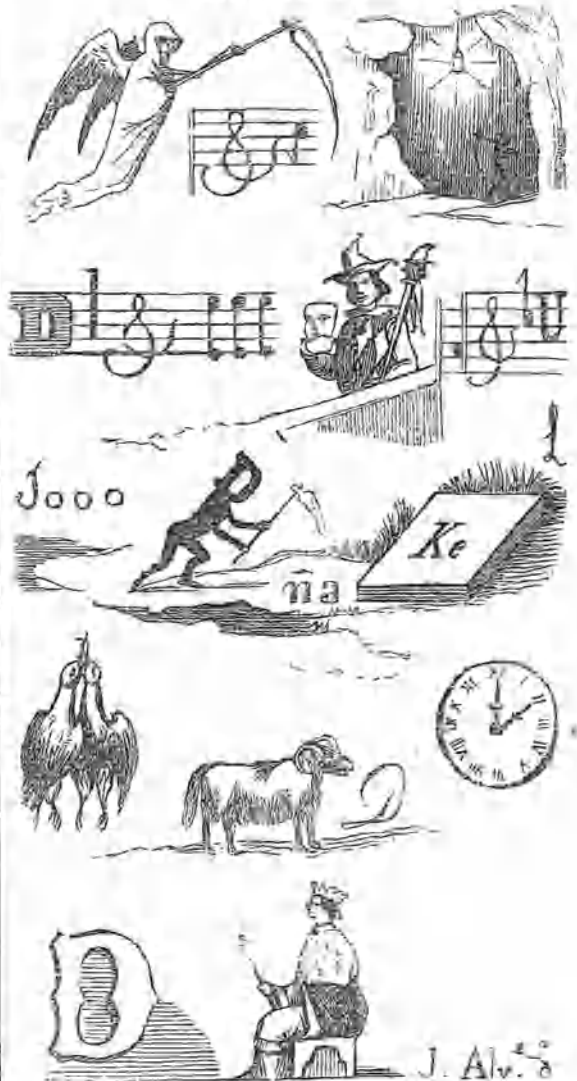
**ADVERTENCIA.**

En esta semana hemos hecho dos grandes remesas del libro que ofrecemos gratis á los suscritores al SEMANARIO, por el año de 1850, y que se compone de 36 pliegos de impresion sumamente compacta con grabados, ocho pliegos mas que lo calculado y prometido. Como parte de dichas remesas ya tambien el ALMANAQUE PICTORESCO correspondiente á enero, que consta de una bella hoja con diez y ocho grabados nuevos, y es á propósito para fijarla en un despacho ó gabinete. Cada mes se publicará el *Almanaque* del siguiente.

Habiéndonos rogado muchos suscritores que continuáramos enviándoles como hasta aquí el SEMANARIO, sin que por eso los priváramos del ALMANAQUE PICTORESCO, cuyo importe estaban prontos á satisfacer, hemos resuelto dirigirsele.

A los suscritores al SEMANARIO por cuadernos mensuales á los que lo sean por año á la LA ILUSTRACION y al SEMANARIO aunque este último se les mande semanalmente.

**GROGILIFICO.**



LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.